

teatristas y músicos callejeros

LA CALLE,



EL ESCENARIO DIARIO

por antonio de la fuente

En la calle cuesta hacerse oír: bocinas, vendedores ambulantes, escapes abiertos, barrenos, nuestro propio rumor de transeúntes: la vida misma. El escenario necesario para quienes quieren transformar el arte en vida y la vida en arte. En la calle, artistas jóvenes y viejos, por necesidad física y de la otra, tratan de hacer oír su voz: ¡El arte a la calle!

ALAMEDA, 18.30 HORAS DE UN VIERNES DE OCTUBRE: A un costado de la Biblioteca Nacional, junto a la boca de salida del metro, los transeúntes parecen uno sólo con millares de extremidades y cabezas, moviéndose acompasadamente al son de los bocinazos, el ruido de los motores, el voceo de los vendedores ambulantes y de los jóvenes evangélicos que entonan híbridos rocks: "¡Cristo te ama, wow!".

De pronto salta un actor con capa blanca de hule y negros bigotes en el rostro radiante. Levanta una tijera y la exhibe frente al público que comienza a agruparse. Salta, se repliega, gesticula; lo rodean personajes cubiertos de máscaras. La cantidad de público reunido podría ya llenar dos salas de teatro. Los niños son los más entusiastas. Por sobre la cornisa del edificio de la Biblioteca aparece un grupo de obreros (seguramente repara-

ban el techo). El público no ralea, incrementa. Una fotografía dispara.

En Tenderini y Santiago Centro, en el Paseo Las Palmas, o los otros lugares donde presenta su espectáculo el Teatro Urbano Contemporáneo (Teuco), la situación se repite, pero nunca es igual. Un día les tiran agua desde un edificio en Matías Cousiño. Afortunadamente los actores estaban provistos de paraguas, como lo exigía su representación: el baldazo les vino de perillas. Otra vez pasó un curado: "¿Y esta hueá que están haciendo?" farfullaba, ofreciendo una botella. Los actores recogen la botella y el convite, integrando al curado al corro; sintiéndose actor y observado, éste perdió la borra-chera y las emplumó.

En la calle lo único que se mantiene es que una función nunca es igual a la anterior.

¿CHARLATANES, LOCOS, JIPIS?

Actores. Todos egresados de la Escuela de Teatro de la U., con experiencia en teatros convencionales (Itinerantes unos, del Teatro Nacional otros), cumplen un horario de trabajo similar o mayor que el actor de sala, pero ganan bastante menos: reúnen 200 pesos diarios, por tres funciones, para cada actor.

Llegaron a la calle porque querían hacer su propio teatro, hostigados del teatro de elite —dicen— de la distancia que el teatro ha tomado de la gente común, pero no podían arrendar una sala y solventar sus gastos. Ahora, después de un año y medio de trabajo callejero, asumen la calle como su medio, y en él desarrollan un teatro contingente, vital, "lo que está viviendo nuestra sociedad, puntual y universalmente": la navidad, el trabajo, las vacaciones, temas que abordan a través de creaciones colectivas o recreaciones de autores célebres (Beckett, Tolstoy, Jarry).

Mientras trabajan, han sido detenidos por la fuerza pública en tres ocasiones, paradójicamente acusados de "vagancia". Para evitarse estas ondillas, tramitan en la actualidad permiso en las municipalidades de Santiago y Providencia.

A pesar de los pesares, los Teuco están felices, eufóricos casi. "Estamos haciendo lo que todo ser humano debiera: darse la oportunidad de hacer lo que le interesa. Nos sentimos necesarios, autónomos: nosotros elegimos las obras y a nuestro público, y con él

somos capaces de crear algo. En el teatro de sala, la gente va preparada, incluso se arregla para ello; sin embargo, es pasiva".

Se entusiasman también con su trabajo de taller: "estamos buscando nuevas formas, haciendo un teatro de síntesis, simbólico y mostrativo: si en la sala un personaje muere, se da todo el tiempo de la muerte; en la calle, aparece otro personaje vestido de muerte y se lo lleva".

Les interesa extender su trabajo desde el centro a la periferia poblacional, objetivo que cumplirían si contaran con un mínimo respaldo económico, que les permitiera mayor movilidad. Algo de eso se perfila: con el auspicio de Céneca preparan *El Principito* para la calle y *Ubú Rey*, para sala y calle.

EN LA CALLE, COMO UN SIGNO MAS

En gira con el Teuco por el centro de Santiago, *La Bicicleta* comprobó que la mayoría del público que se integró a la escena no tiene antecedentes del teatro en salas. A lo más limitan su experiencia teatral a la compañía de José Vilar, que presenta sainetes en TV.

Los Teuco no son los únicos (ni los primeros) que hacen teatro en la calle, sin embargo. El teatro mismo es callejero y popular desde sus orígenes. La tradición de los bufones y teatrillas callejeros de la antigüedad ha sido recogida por grupos como *Bread and Puppet* (Pan y muñecos) de Nueva York o los catalanes *Els Comediants*, para citar a uno de los muchos grupos callejeros europeos. En Latinoamérica también los teatrillas callejeros han prosperado en distintas épocas, e incluso en Chile ya hubo experiencias semejantes.

Ahora en Santiago es posible encontrar —además del Teuco— a los teatrillas del taller Incasmos, al bailarín Ruggiero Cozzi, y hace poco nos visitó el grupo Los Vampiros del *Acto Latino* de Colombia.

Los colombianos, duchos ya en su arte, enfrentaban teatralmente la aparición de la policía, cuando llegaba a interrumpirlos. Uno de los actores solía ponerse de parte de los uniformados, extremando su postura. Con semejante aliado que les devolvía así su propia imagen, los policías trepidaban y más de una vez volvieron por sus pasos. Pero el continuo hostigamiento policial (que los



El Teuco en pleno: Carmen Disa Gutiérrez, Marisa de Gregorio, Andrés Pérez, Giannina Talloni, Juan Edmundo González, Renée Ivonne Figueroa; el séptimo integrante, Alvaro Hoppe, está tras la cámara

teatristas comparten con los vendedores ambulantes y todos quienes, de un modo u otro, *actúan* en las calles), es muchas veces la causa que el arte no llegue a todos.

Porque los artistas callejeros son muchos. Muchos que están en la calle sin proponérselo, muchos que no van a la calle a rescatar signos para el museo, sino que están en la ca-

lle como un signo más, porque la calle es su medio, su hábitat.

Por eso están en la calle, a diario, cantando o bailando. Como decía un poeta peruano *"haciendo sonar la música celeste hasta de entre los dientes de sus peines"*.

En los recuadros siguientes algo de esa música suena.

A CALLE, el escenario diario II

FOLKLORISTAS DE QUILPUE son estos muchachos. Vienen a Santiago cada cierto tiempo porque Santiago está lleno de calles, y las calles están llenas de gente. Esto no significa que regresen a Quilpué llenos de plata, pero lo cierto es que vuelven.

Con enormes zampoñas, con charangos, cajas y bombos, hacen resonar diabladas y takiraris a los pies de engendros como el *Unicentro* y otras pústulas que le han brotado a Santiago. Desde dentro de éstos suben entonces el volumen del *Discou*.

En una de éstas aparece, de frac y calcetas coloradas, un flautista con pinta de príncipe valiente. Lo acompaña un guitarrista y un percusionista que golpea una caja militar. El principito despliega un pergamino y da lectura a un edicto: *"Por orden del Rey se prohíbe guardar flores en los libros y ver televisión hasta hartarse"*. Tocan varios temas. La gente aplaude. Culminan su número solicitando del público *"metales en forma de monedas"*. Como todos los artistas callejeros, pasan el sombrero.



Un poco más allá, el cantante más popular del centro de Santiago eleva su voz por sobre el ruido ambiente. Canta un tema de la vieja guardia rockera: *"Muchacha pechos de miel, no corras más, tu tiempo es hoy"*. Estira su voz hasta el extremo, mientras su pequeña hija juguetea por ahí

entre el público. Se llama Miguel Angel. Sus famosos recitales del sábado por la noche en Ahumada y Huérfanos congregan a cientos de personas.

Pero cada vez es más difícil oírlo. Parece que alguien cuando escucha una canción se pone nervioso.



"No cantes hermano, no cantes que Moscú está cubierto de nieve y los lobos aúllan de hambre, no cantes que mi Olga no vuelve"

MARIA OLGA PACHECO (51 años, ciega desde los nueve meses) canta lastimeramente esta letrilla en pleno paseo Huérfanos nocturno, mientras teje un grueso suéter azul para su pequeña nieta.

Nadie parece afectarse demasiado. Algunos, sin embargo, se

acercan y dejan caer unas monedas en el vaso plástico que ella sostiene en su falda.

Desde hace tantos años que ya no recuerda cuantos, doña Olga se instala junto al cine Central y canta sus tristes canciones: *Nieve*, *Ay niña Isabel* (la flor de La Habana). Enfrente suyo, en la otra vereda, su marido, ciego también, toca el acordeón. Pero toca otros temas. Aunque lo han hecho a dúo, prefieren actuar por separado, aumentando así la nunca muy abundante contribución de los transeúntes.

ma-función del cine, la señora Olga y su marido, con su lazarillo, su hija Pilar de trece años, abordan en San Antonio la última micro que los lleva a su hogar en el Campamento Villa Esmeralda en La Granja. Allí, doña Olga no canta. Ni siquiera en las pequeñas fiestas familiares.

MARIO GATICA a no más de 30 metros de doña Olga y su marido acordeonista, hace triángulo con ellos. Desde su vieja flauta dulce, don Mario deja aparecer minuetos de Beethoven, Boccherini y Schubert, y de repente, su guapo tango también, por qué no.

No es fácil hablar con él; sólo deja los monosílabos para usar su humor corrosivo:

— ¿Usted es ciego de nacimiento?, preguntamos.

— *No, yo soy de Chillán...*

Nos reímos un buen rato. Al día siguiente lo volvimos a encontrar. No tocaba a ningún clásico sino que sacaba sonidos de la flauta sin seguir ninguna melodía, al más puro estilo del *free jazz*. Nos acercamos un poco. Dentro de una bolsa de género, en su regazo, una radio portátil transmitía una radionovela.

RAUL RIOSECO y MANUEL LARA, organillero y chinchinero,

hacen oír los ocho temas de su viejo organillo alemán del siglo pasado (*La chica del diecisiete*, *Ramoncito*, *La cueca de mijita*, *Bocina de automóvil*) en las plazas y los barrios de la ciudad. Mientras la música suena, ellos bailan, y la banderita chilena se agita en la punta del bombo. Después estiran el sombrero, o tratan de recoger con él las monedas que les dejan caer desde los



departamentos.
— *Los organilleros somos todos familiares*— nos cuentan

en un alto del baile —*primos lejanos o cercanos, pero primos; esto viene por familia.*

No por eso son dueños de los instrumentos: los arriendan a un comerciante de la población La Bandera, por \$ 4.500 semanales, más los remolinos y "sapos" que revenden al término de la función.

Lo dicen sin pesadumbre: *"Antes éramos mecánicos, pero un día quedamos sin pega y nos encaramamos el bombo. Y es mejor: aquí no nos manda nadie"*.

CARLOS MUÑOZ RODRIGUEZ es un músico y *luthier* (fabrica sus propios instrumentos) porteño de 66 años.

Se dedica a la música callejera desde 1950. Antes era hojalatero. *"pero apareció el plástico y se acabó la pega"*. Entonces se dio a la tarea de construir sus instrumentos: un serrucho carpintero; la *galaxia*, una especie de guitarra cuya caja es una bacinica con un mango repleto de pilas y antenas; y el violín, variación del violín chino con una sola cuerda, a partir de un tarro de aceite Mazzola. Además, está contru-

yendo un bajo de cuatro cuerdas con una sartén.


Muñoz ha llevado su música entre Antofagasta, Puerto Montt



y Mendoza. Los sitios que más frecuenta son las calles céntricas de Santiago, Valparaíso y Concepción, y los trenes entre esas ciudades. *"A Viña sólo voy para el festival"* —concluye.

En medio de sus instrumentos el tarro monedero encargado de recoger el tributo a la música —la boletería la llama—, deja ver un par de inscripciones: *"Simplemente un obrero de la música"*. Y su máxima: *"Si volviera a comenzar la vida de nuevo, la consagraría a la música. Es el único éxtasis barato y sin castigo que va quedando"*.

Fotos: Antonio...



SANTOS RUBIO acarrea su guitarra, un piso de madera, y busca un pasaje sombreadito (el Pasaje Matte por Ahumada, no está mal) se instala, y canta los más sentidos boleros del centro de Santiago.

¿Quién es Santos Rubio? Un campesino ciego de La Puntilla de Puente Alto, hijo y padre de cantores populares, cantor popular él mismo, versificador, payador, cantor a lo humano y lo divino, uno de los siete chilenos que domina la técnica del guitarra. Premiado como el mejor poeta popular en el encuentro Nacional de payadores.

Al centro lleva su guitarra y muchísimos boleros; a él lo lleva la necesidad material. La eterna necesidad material de nuestros cantores populares que nos hace encontrar a menudo en las calles a Santos Rubio, mientras muchos pasan sin verlo.

MANOLO tiene siete años. Canta en las micros ("*Incúbrame el volantín, pirín, incúbrame melo derecho*"), y toca las castañuelas como un pequeño prodigio. Pero también limpia los parabrisas de los autos, y a veces, simplemente, estira la mano.

Pero no siempre la recoge con una moneda.

Manolo no participa en la Orquesta infantil, ese grupo de niños que comenzó imitando a la Sonora Palacios en Ahumada. Una tarde la señal de uno de ellos que actuaba de vigía en la esquina, les anunció que la función debía terminar. El cantante dio un paso adelante: "*Con el permiso del respetable público, nos vamos a tener que retirar porque ahí vienen los carabineros*". A pesar de estas interrupciones la Orquesta infantil llegó a la TV a hacer su número, pero perfectamente uniformados.

Manolo simplemente canta en las micros. Mira con esos ojos enormes con que nos está mirando, y estira la mano.

